

Hace veinte años, tres disparos por la espalda de un pistolero de ETA, acabaron con la vida de mi padre. Una parte de la mía quedó para siempre en el pasado, congelada e inalterable, en un luminoso rincón de la memoria que me obligo a visitar a diario. No sólo porque quiero y debo, sino también porque, aun hoy, me traslada a lugares y a momentos de los que todavía consigo aprender algo.

Ese 6 de mayo de 2001, como sucede con cualquier acontecimiento vital relevante, marcó el inicio de lo que iba a ser una nueva vida, muy distinta de cómo la imaginaba entonces, desde ese mundo de amplios horizontes, abierto y tolerante que me ayudaba a descubrir ese año de Erasmus en Francia, de aprendizaje de valores tan lejanos de los que representaban sus asesinos.

Decía Joaquín Sabina eso de que “No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió”. Y han sido, efectivamente, muchas las cosas que no han sucedido durante este largo tiempo que nos ha visto a todos cambiar, envejecer, vivir, en una palabra.

Mi padre no ha podido conocer a sus nietas; no ha podido pescar en las frías aguas del río Ara a su paso por Bujaruelo, escuchando ese murmullo hipnótico que nos transporta a cualquier momento, que nos vincula con todo aquello que nos ha llevado a ser lo que somos; ni ha podido observar desde cualquier cima de los Pirineos, lo pequeños que son algunos de nuestros problemas diarios cuando se miran desde esa altura. Ni ha podido influir, mediante el ejercicio de esa política en la que él tanto confiaba, en la modesta cimentación de ese Aragón que soñó y que le hizo desprenderse de su proverbial timidez para dedicarle, con profunda convicción, los últimos años de su vida.

A medida que va pasando el tiempo, de él nos queda cada vez menos de su presencia física. Sus fotos van adquiriendo ese color amarillento que, junto con esas primeras canas, nos recuerda lo implacable del paso del tiempo. Se borra inevitablemente de nuestra memoria su presencia física, su existencia, dando lugar simplemente a su recuerdo, a una idea. “Sé que tenía ojos verdes, pero no puedo sentirme frente a su mirada” resume magistralmente ese sentimiento Mario Benedetti.

En todo caso, y pese a que los aniversarios como el de hoy, invitan de forma inevitable a la nostalgia, no me gustaría limitarme exclusivamente a evocar su ausencia. Me gustaría, sobre todo, referirme a lo que de él todavía hay presente en nuestra vida pública y política.

Porque ETA acabó con la vida de mi padre; pero lo que bajo ningún concepto consiguió fue acabar con el respeto y cariño de tanta gente por sus profundos valores cívicos y por su forma de entender la política y la vida en general. Su asesinato proyectó aún más el valor de lo que significaban gracias, entre otras, al admirable trabajo de la Fundación Manuel Giménez Abad que hoy nos reúne aquí, a la generosidad innegable de todos los grupos políticos de estas Cortes de Aragón, al recuerdo permanente - y a pesar del tiempo transcurrido - de los medios de comunicación y de la sociedad aragonesa en general. Y nos convirtió en una comunidad más cívica, más digna y más

humana que muchas de las que nos rodean. Mi padre, por cómo era, también por cómo acabó su vida, como tantas y tantas víctimas del terrorismo, constituye la representación más digna y admirable de la defensa de los derechos y libertades de los ciudadanos y de los valores democráticos sobre los que debería construirse cualquier actividad política, sobre el que se sustenta en realidad nuestro progreso humano, económico, social. Y los asesinatos de ETA son precisamente la constatación de lo largo que ha sido el camino para asentarlos en España.

Y tenemos que ser muy conscientes de lo fácilmente transitable que es el camino para perderlos, de que no están ni mucho menos garantizados, de que debemos cuidarlos. Porque la falta de perspectiva a veces nos puede hacer creer que la historia es un camino únicamente ascendente en materia de progreso, de convivencia, de tolerancia, de democracia e incluso de compasión. Y, sin embargo, basta con recordar, por ejemplo, “El Mundo de Ayer” de Stefan Zweig – y ese paso entonces inimaginable de las estables sociedades europeas de principios del siglo XX a ese periodo de la historia marcado por dos guerras mundiales –; basta eso, para percibir que todo eso que damos por sentado se puede desmoronar con estrépito introduciéndonos en entornos mucho más ásperos y complicados en los que desarrollar nuestra vida, que sólo es una.

Desgraciadamente, el inexorable paso del tiempo nos va arrebatando paulatinamente a políticos de las más diversas procedencias ideológicas y que siempre fueron conscientes de lo precarios que son, en ocasiones, los equilibrios en los que se sustentan nuestras democracias. Y me acuerdo, por ejemplo, de Santiago Lanzuela, de Juan Antonio Bolea, de Jose Antonio Labordeta, de mi padre y del siempre recordado Chesús Bernal, Patrono de nuestra Fundación, en cuyas lágrimas y palabras un 6 de mayo, un entonces joven como yo aprendió más de tolerancia y de respeto que con cualquier otra experiencia.

Sin ellos, perdemos muchas cosas, pero, deberíamos, al menos, tratar de salvaguardar una forma de entender la política que constituye, en mi opinión, un elemento esencial de la identidad aragonesa. Una identidad que no sólo se apoya en las paredes de Loarre o de San Juan de la Peña, en las montañas de Ordesa o del Maestrazgo, en la bella dureza y soledad de los Monegros, en el silencio de nuestros pueblos, en nuestro omnipresente Ebro o en el recuerdo inmarchitable de Goya, Costa o Buñuel.

Nuestra identidad, cívica e inclusiva, tiene también mucho que ver, además de con nuestro acervo histórico, cultural y político, con el legado de tantos hombres que entendieron la política como un ejercicio de sana discusión, de diálogo y acuerdo con el que construir un espacio libre y plural y en el que todos los aragoneses pudieran construir un proyecto de vida satisfactorio; en el valor que se esmeraron en darle a nuestras leyes y a nuestras instituciones, recogiendo ese espíritu forjado en compromisos, fueros o sitios; en su defensa sin fisuras de nuestra democracia. En esta tierra no hemos necesitado ondear banderas demasiado a menudo para recordar lo que somos como comunidad.

Y en tiempos de ruido ensordecedor, de verdades absolutas y de dogmas inalterables que limitan nuestra capacidad para abordar los relevantes desafíos a los que nos enfrentamos, creo que es especialmente importante reivindicar esos valores, esa forma de entender la política, tan incompatible con el totalitarismo de ETA, que, de forma natural trató de transmitir mi padre en vida y hemos tratado de transmitir, obligados por nuestro compromiso con su memoria, pero también por nuestro compromiso cívico desde la Fundación Manuel Giménez Abad.

Mi padre entendía la política como actividad en la que el encuentro entre posiciones ideológicas diversas únicamente era útil si era ejercida con moderación. Moderación, esa cada vez más desprestigiada virtud cívica que no hace en absoluto que tus principios sean más frágiles, lábiles o tibios. Simplemente, son distintos y procuran no perder de vista que, por muy alto que se grite, por muy seguro que uno esté de sus ideas o por muy firmes que se considere sus convicciones, quienes piensan distinto no van a dejar de existir y vamos a tener que compartir tiempo, espacio y, preferiblemente, algo más.

Mi padre consideraba que, cuando se abandona la moderación - que no es un espacio ideológico sino más bien una forma de entender las relaciones con los demás y en cuya alma se inspira nuestra Constitución, nuestro Estatuto de Autonomía, nuestra democracia en general- se dificulta el intercambio respetuoso de ideas y el diálogo entre partidos políticos y se acaba inevitablemente socavando nuestra cultura democrática.

Y Nuestra historia pasada nos enseña que por muy sólidos o democráticos que pretendan ser o puedan parecer los cimientos institucionales de un estado, no serán suficientes para garantizar un sistema de calidad, en torno al que asegurar la prosperidad y bienestar de sus ciudadanos, si en el espíritu que inspira las actuaciones de representantes y representados se antepone como norma general los intereses partidarios o privados al marco de conducta que recomienda la democracia.

La cultura democrática está, en mi opinión, compuesta por el respeto y convicción en los valores democráticos de igualdad, libertad y pluralismo, en la defensa de los derechos y libertades de todos los ciudadanos, en la tolerancia, en la existencia de un espacio preponderante para la razón en el debate público, en el fomento de los acuerdos y el diálogo, el establecimiento de un marco común de ética cívica que los ciudadanos no permitan que se traspase.

Y si queremos que nuestra democracia – y en realidad, gran parte de las democracias occidentales– dejen de palidecer progresivamente, necesitamos ser conscientes de que el núcleo esencial que las configura debe estar por encima de cualquier otra cosa, aunque, en esa España de los garrotazos que pintaba Goya, a veces parezca complicado.

Para ello, creo que debemos reivindicar y realzar algunos valores cívicos que la Fundación Manuel Giménez Abad se encarga humildemente de transmitir con sus actividades diarias y su funcionamiento.

Debemos defender la importancia y la necesidad de llegar a acuerdos. Ningún ser humano normal puede gozar, en general, de una vida satisfactoria si no es viviendo en comunidad con otras personas. Pero vivir en asociación con otros tiene un precio: no siempre se puede hacer lo que se desea. Cuando se deja atrás la niñez, se aprende un hecho básico de la vida: aquello que uno desea hacer entra en conflicto a veces con lo que otros quieren hacer. Si uno simplemente no puede imponer sus deseos por la fuerza, deberá encontrar entonces una manera de resolver sus diferencias pacíficamente, quizás mediante acuerdos. El acuerdo no significa ni debilidad ni fragilidad en los principios.

Debemos ensalzar la coherencia como virtud que expresa que hay determinados valores que no se discuten. La coherencia es un parámetro que mide con precisión el respeto de una persona por sí mismas y por quienes le rodean y tiene mucho que ver con la honestidad intelectual. La incoherencia, sin embargo, se propaga a la misma velocidad que el COVID-19 en la escena pública. Y dos acciones, dos actuaciones análogas, incluso idénticas, son juzgadas de una forma o la contraria dependiendo de quién sea su protagonista. Nada más irracional, nada más humano, sin embargo. No se analizan los hechos, se juzga a las personas, por lo que son o por lo que piensan. Media España retira apresuradamente el derecho a ser escuchado a la otra media y viceversa, creando además amplios espacios de impunidad intelectual y política.

Debemos otorgar un espacio predominante en el espacio público a la razón, cada vez más arrinconada por una política emocional, simple y de argumentario que es insuficiente para afrontar los desafíos ya de por sí complejos de estos tiempos y de los que vendrán.

Y debemos enfatizar la importancia de la exigencia ética pública, que nunca debería ser moldeada en función de los intereses partidarios. La ética pública debería estar por encima de cualquier otra consideración si, efectivamente, queremos que sus límites no sean transgredidos impunemente con la excusa de la afinidad política o ideológica. De lo contrario esa ética pública se resiente convirtiendo a nuestro país en un lugar en el que incluso eso es discutible, en el que incluso eso deja de ser común. La violencia en democracia se ha de condenar siempre provenga de donde provenga y sea de la intensidad que sea. Si deja de condenarse una vez se abre la puerta para que no se condene nunca.

Y nuestra democracia se debilita, y nuestra convivencia se deteriora, abriendo grietas, dejando espacio para que, entre la laxitud de nuestros principios y valores democráticos, penetren en nuestra vida política ideas totalitarias como las que preconizaba violentamente ETA.

Mi padre murió hace ya 20 años defendiendo y representando estos valores cívicos que se hallan en el origen de los avances que hemos experimentado como país en las últimas cuatro décadas de nuestra historia. Esos mismos valores que detestaban quienes lo asesinaron. También quienes los jaleaban y hoy son reinsertados en la vida política sin reproche ético. Como si lo que todos vivimos no hubiera existido

realmente. Amparados por el paso del tiempo, por el olvido, se enfrentan, sin embargo, a la voluntad de millones de ciudadanos dispuestos a no renunciar a legar a las nuevas generaciones el mensaje de tolerancia, civismo y libertad de mi padre y de los cientos de víctimas asesinadas por ETA.

Muchas gracias.